

¡Madre, tres bellos dones ¡Amor, amor! ¡Cuán dulce,
De Dios para mí alcanza: Santa palabra es esta,
Tres dones: *Fe, Esperan-* Que quiso en Cruz enhiés-
[za] [ta]
Y ardiente *Caridad.* Por ella morir Dios!
¡La Fe! ¡Montes abate, Por ella en ángel bello
Del mar seca la arena, Se trueca la criatura,
Su voz potente enfrena Y es astro que fulgura
La airada tempestad! Sobre el espacio azul.
¿Y la Esperanza? Néctar Sobre ese espacio, donde
Sublime es para el alma, Al hombre temerario
Que augura hermosa pal- Ocultan tu sagrario
[ma] Nubes de leve tul.
En tu mansión de luz.
¡Oh madre! *Fe, Esperan-* ¡Oh dulce madre mía,
[za] Madre piadosa y santa,
Y *Caridad* me inspira: Mirame aquí á tu planta
¡Feliz aquel que espira Henchido de fervor.
De amor sobre una cruz! ¡Haz que de hoy más el pe-
Amor, que cielo y tierra [cho,
En su afanar comprende; Que entre inquietudes gi-
Que hasta á Luzbel des- [me,
[ciende] Se abra en el sublime
De su afanar en pos! Fuego de un sacro amor!

ÁNGELA GRASSI.

CATECISMO DE LA DOCTRINA CRISTIANA
Por el P. JERÓNIMO DE RIPALDA.—La edición econó-
mica oficial de este Catecismo, se vende en el Des-
pacho de esta Imprenta á los precios siguientes:

Un ejemplar, *Dos centavos.*—Cien ejemplares, *Un
peso cincuenta centavos.*—Mil ejemplares, *Diez pesos.*

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria qua vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^a EPIST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA.)

Que nuestra alma sobrevive al cuerpo, es una ver-
dad claramente atestiguada por la fe y por la razón.
La fe nos enseña que en el momento de volver el
cuerpo á la tierra de donde fué sacado, el alma se
remonta á Dios que la crió; que será juzgada en el
instante mismo de salir de la cárcel del cuerpo, y
premiada ó castigada conforme á sus obras; por úl-
timo, que pasamos de esta vida imperfecta á una vi-
da sin fin, del tiempo á la eternidad; y es claro que
estas cosas no se realizan inmediatamente en el cuer-
po, que se consume en la tierra; se realizan en el
alma que sobrevive al cadáver.

La razón va de conformidad en esto con la fe, y
los mismos paganos conocieron esta verdad por la
sola luz natural. Reflexionando en que el alma es
esencialmente simple, que no consta de partes como
el cuerpo y, por lo mismo, que no puede disolverse
ni corromperse; que á diferencia de la de las bestias,

nuestra alma está dotada de razón, de entendimiento y de libertad, que es capaz de distinguir el bien y el mal y de elegir libremente entre uno y otro; que las acciones malas le causan disgusto y remordimientos, mientras que los actos de virtud le producen sentimientos de complacencia y de satisfacción; reflexionando finalmente, que está atormentada de un inmenso deseo de felicidad, deseo que no alcanzan á satisfacer los bienes todos de acá abajo, concluyeron que el alma no está sujeta á la muerte y que debe durar eternamente.

Pero no sólo el alma vivirá para siempre; un día el cuerpo resucitará inmortal, aunque se corrompa y se deshaga después de la muerte; se reunirá de nuevo á el alma, y por la virtud divina volverá á su forma primera, al movimiento y á la vida; y en esto consistirá la resurrección de la carne. ¡Misterio sublime de nuestra fe! Misterio, además, conforme con la misma razón. Dios quiso que en todo tiempo se diera fe á este misterio. En la ley natural, el santo Job protestó en términos claros que al fin de los tiempos resucitaría en su propia carne y que sus ojos verían á su Salvador. *Yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra: y de nuevo he de ser rodeado de mi piel y en mi carne verá á mi Dios.* (Job XIX. 25.) En la Ley escrita Daniel se expresa con estas palabras: *Todos aquellos que duermen en el polvo de la tierra, despertarán: unos para la vida eterna y otros para eterno oprobio.* (Daniel XII. 2.) Y vemos á los siete hermanos Macabeos ani-

marse recíprocamente al martirio con la esperanza de la resurrección futura. En el Nuevo Testamento son incontables los lugares en que se hace mención expresa de esta verdad: y tan general era, que cuando nuestro Señor Jesucristo dijo á las hermanas de Lázaro que éste resucitaría, Marta respondió: *¡Ah! lo sé, Señor; sé que resucitará en el último día, en el día de la resurrección universal.* (San Juan XI. 22.) Para que desechemos hasta la menor sombra de duda acerca de esta importantísima verdad, Dios se ha dignado anticiparnos pruebas manifiestas de su poder, devolviendo la vida á un crecido número de muertos. En el Antiguo Testamento leemos que los profetas Elías y Eliseo resucitaron á muchos: y muchísimos fueron los que volvieron á la vida por sólo el mandato de Jesús; los Apóstoles y otros innumerables santos han renovado este prodigio. Es verdad que las personas resucitadas murieron segunda vez; pero no así Jesucristo, que resucitó para no volver á morir jamás: *Habiendo Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere: la muerte no se enseñoreará más de él.* (San Pablo Rom. VI. 9.) Venció á la muerte en sí mismo, para enseñarnos lo que puede y se propone hacer un día por nosotros.

La razón, lejos de contradecir este misterio, antes por el contrario confirma su verdad, apoyándose en la dignidad misma del hombre y en la felicidad que Dios le tiene señalada y prometida. Porque si Dios fué quien en el principio de los tiempos amasó con sus manos el barro con que formó el cuerpo de Adán

y lo animó con su soplo creando una alma; ¿podremos creer que deje Dios perecer para siempre el trabajo de sus manos, la obra suprema de su poder y la depositaria de su espíritu divino? Además su justicia y su fidelidad están interesadas en ello: porque, ¿no conviene, en efecto, que el hombre todo entero participe de la recompensa ó del castigo que mereció por sus buenas ó por sus malas obras?

Por otra parte, el alma destinada á ser la forma del cuerpo, conserva aun después de la muerte una tendencia continua á juntársele; su felicidad sería incompleta, si no la compartiese con su antiguo compañero.

Todas estas razones, fundadas evidentemente en la razón y en la fe, nos quitan toda duda acerca de la *resurrección de la carne*; pero, ¿cómo se efectuará la resurrección?

San Pablo nos enseña que se hará *en un momento, en un abrir de ojo*. Cuando suene la última hora señalada por Dios, resonarán por los cuatro ángulos de la tierra las trompetas angélicas, cuyo sonido será la señal de la resurrección para todos los muertos. Al eco de esa voz, que penetrará hasta las más remotas profundidades en los abismos del mar, en las entrañas de la tierra, en el fondo de las tumbas más apartadas, se levantarán por todas partes los hijos y descendientes de Adán, y se realizará aquello que figuró el profeta Ezequiel cuando transportado en espíritu á una extensa llanura, enteramente cubierta de huesos áridos y descarnados, vió moverse repentina-

mente esos huesos, conglutinarse esas cenizas, las coyunturas juntarse á las coyunturas, las costillas á las costillas, y vestirse de carne en seguida, cubrirse de piel y por último levantarse en pie, vivos y animados.

¡Oh! sí, resucitarán estos mismos cuerpos que tenemos ahora; pues que si no hubiesen de ser los mismos que ha de disolver la muerte, sería indispensable una nueva creación, lo cual resultaría formalmente contrario á la enseñanza de la santa Escritura que dice: *Es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad: y esto que es mortal se vista de inmortalidad.* (I Cor. XV. 53.) Cada uno de nosotros encontrará la misma carne que habrá depositado en el sepulcro, los mismos ojos, las mismas manos, los mismos miembros: así lo exigen la Providencia y la justicia divina: es forzoso que el mismo cuerpo, instrumento del alma para las buenas ó las malas acciones, vuelva á unirse á ella para participar de unos mismos premios ó de unos mismos castigos.

No será fuera de propósito advertir aquí que aunque hemos de resucitar con nuestros propios cuerpos, no por eso éstos han de tener las imperfecciones que les hacen ó han podido hacerles ahora defectuosos; y así por ejemplo, el que vivió con un cuerpo de nacimiento ó por cualquier accidente estropeado, el ciego, el cojo, el jorobado, no resucitarán con ninguna de esas deformidades; porque la resurrección es obra de Dios; y como las obras de Dios son perfectas, corregirá el Señor todos los defectos natura-

les y dará al cuerpo aquella integridad total que le es debida y que recibió del mismo Dios en la primera creación. Por esto Dios corregirá los defectos ocasionados por la edad; y nos dará, no el cuerpo delicado y débil de la infancia, ni el cuerpo agotado de la ancianidad, sino el cuerpo robusto de la más vigorosa madurez, de la edad de treinta y tres años que fué la de Jesucristo al padecer y morir; pues como dice el Apóstol San Pablo, cada uno hemos de llegar á *varón* perfecto, *según la medida de la edad cumplida de Cristo*. (Efesios IV. 13.)

Mas ¿cómo podrán volver á su primera forma todos los cuerpos que se han convertido en polvo, que se han reducido á cenizas por el fuego, que han sido devorados por las fieras y que se han cambiado en substancia de éstas? ¿Cómo podrán reconstruirse esos cuerpos mutilados, divididos, transportados y dispersos en millares de fragmentos?

Todas estas cuestiones, que son un enigma para nuestra corta razón, son nada para Dios; y el hacerlo no presenta la menor dificultad á su omnipotencia. Cierto es que no alcanzamos á concebir esa prodigiosa restitución de nuestros cuerpos; pero ¿podemos acaso concebir la creación de todos los seres? ¿podemos imaginarnos cómo hizo Dios brotar de la nada la inmensa máquina del Universo? Pues si pudo Dios dar el ser á lo que no era, con mayor facilidad podrá restaurar lo que ya existía. Pueden las vicisitudes de los años alterar, corromper y transformar nuestros cuerpos; pero destruirlos y aniqui-

larlos, jamás; y Dios nos enseña que lleva cuenta exacta de todos nuestros miembros, aun de los cabellos de nuestra cabeza: *Guarda el Señor todos los huesos de ellos*. (Salmo XXXIII. 21.) *No perecerá un cabello de vuestra cabeza*. (San Lucas XXI, 18.) Sabrá muy bien, por lo mismo, recoger los restos dispersos de nuestro cuerpo, la más diminuta astilla de nuestros huesos, el último fragmento de nuestros miembros, el átomo más imperceptible de nuestro polvo, juntar todas estas partículas, revestirlas, volverlas á una nueva vida sin término, dándoles para siempre jamás el espíritu que las había animado.

(CONTINUARÁ.)

MORAL

LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD.

(CONTINÚA.)

Y ¿qué diremos de la tolerancia oficial de todos esos elementos de perversidad y de ignorancia?

Es, sin embargo, cuando con mayor atrevimiento y desenfado se quieren discutir los profundos misterios y demás verdades de nuestra santa fe, es cuando se pretende ridiculizar las prácticas piadosas. En efecto, causa grande tristeza ver que en los salones, en las calles, en los trenes, en todas partes, á todas horas, por personas de todas clases y aun por hombres viciosos y vanas mujercillas, se suscitan cuestiones religiosas en que median negaciones, despre-

cios y burlas contra materias tan sublimes que el genio angélico de Santo Tomás de Aquino trataba poniéndose de rodillas al pie de un crucifijo.

¿Cuál debe ser en pocas palabras la conducta de un sincero y prudente católico? Dar siempre y en todas partes ejemplo de respeto y veneración á la fe y á todo cuanto con ella se relaciona; en consecuencia: 1.º Se instruirá en la religión dedicando todos los días algún tiempo al estudio de la doctrina y moral católicas. 2.º Enviará á sus hijos á colegios donde se dé la debida importancia á la religión. 3.º No se avergonzará de profesar prudentemente su fe en ninguna parte ni delante de cualquiera persona; pues así corresponde al varón sabio que tiene profunda convicción de la verdad. 4.º Hablará de asuntos religiosos con verdadera oportunidad y fundamento, para no poner en ridículo nuestra doctrina, ni exponerla á las burlas de los impíos é ignorantes. 5.º Huirá de necias discusiones en que no hay amor á la verdad, se habla mucho y se pierde el tiempo.

LA VIRTUD DE LA ESPERANZA.

I

Pasemos ya á ocuparnos de la santa virtud de la esperanza, de ese riquísimo é inestimable tesoro que la religión católica proporciona á nuestro corazón; dulce consuelo de nuestra vida mientras dura la peregrinación por este valle de lágrimas.

Somos desterrados, y bien podemos compararnos á los israelitas que caminaban por el desierto suspirando por la tierra prometida: acordémonos de que la esperanza alienta y da nuevas fuerzas al desterrado que tiene puestos los ojos en las playas de la querida patria á donde encamina todos sus pasos.

Nuestra alma es una pobre cautiva perfectamente figurada en los hijos del pueblo de Dios cuando se hallaban en Babilonia: no olvidemos que la esperanza acaricia y consuela al cautivo que sabe con certeza que no está lejano el día en que sus pesadas cadenas caigan hechas pedazos y en que goce de la amable libertad.

Somos enfermos; pero la esperanza alivia los dolores más agudos y nos resuelve á tomar amargas medicinas que nos darán la salud.

Conozcamos, pues, esa preciosa virtud que endulza nuestro destierro, aligera nuestras cadenas y alivia y santifica nuestros dolores. Sí, conozcámosla para que la amemos y para que sepamos aprovecharnos de ella sobre todo en las horas de tentación y de prueba, para no desmayar en la lucha sino que peleemos con denuedo las batallas del Señor hasta alcanzar la victoria y ceñirnos los laureles. *Militia est vita hominis super terram.*

II

Vamos pues, pero á fin de que caminemos sobre terreno firme, transcribiremos desde luego unas palabras del insigne moralista, Doctor de la Iglesia,

San Alfonso María de Liguorio: «Esperanza, dice, es aquella virtud por la cual esperamos con cierta confianza la futura bienaventuranza y los medios para conseguirla por el auxilio de Dios.

«El objeto *material primario* de la esperanza, ó sea, lo que debemos esperar, es la eterna felicidad que es el mismo Dios de quien se ha de gozar: el *secundario*, son las gracias divinas y nuestras buenas obras hechas con la ayuda de Dios.

«El objeto *formal*, ó motivo por el cual tenemos que esperar, unos afirman que es la misericordia de Dios: otros, que es la divina omnipotencia y es el común sentir de los tomistas: otros, que la divina promesa, como asegura Juenin: otros finalmente, dicen que es la bondad de Dios en cuanto que nos comunica los auxilios para obtener la salvación y en este sentido la bondad es lo mismo que la divina misericordia.»

Tan sencillas palabras expresan en concreto la doctrina católica acerca de la virtud de la esperanza.

III

La filosofía estudia al espíritu humano, pero le encuentra rodeado de misterios insondables. Ve allí, entre otras cosas, una sublime aspiración á la felicidad sin límites, en lo que no puede menos que reconocer una prueba palmaria de la inmortalidad del alma.

Por su parte la historia del hombre y la individual experiencia nos demuestran con la fuerza irre-

sistible de los hechos, que en esta vida no queda por ningún modo saciada esa ardorosa sed que devora á nuestro corazón.

Las riquezas de este mundo son tesoros que consume el orín y la polilla, diremos con el Santo Evangelio.

Los honores y dignidades son convencionales, porque da el hombre lo que quiere: son injustos en muchísimas ocasiones, porque no es raro ver que, *arrastrando prisiones la inocencia,—suba la fraude á tribunal augusto*, como cantaba el poeta; ¡y son tan efímeros!

La hermosura es como una flor que se abre en la mañana; que al medio día se marchita y en la tarde se deshoja.

No hay más felicidad que la virtud y el premio que ella se merece y que en alguna parte ha de recibir. Aquí empiezan las cavilaciones, barruntos y extravíos de la filosofía. Si queremos andar con luz y vivir con verdadera esperanza, tenemos que recurrir á la revelación, á la fe, á la religión.

IV

La religión católica abre sus brazos para recibir al hombre; le enseña cuál es su destino, le indica seguramente el fin sobrenatural para que ha sido creado, el terrible apartamiento que sufrió por el pecado, su rehabilitación por Jesucristo que reconcilió al hombre con Dios, abrió de nuevo las puertas del cielo, dejó á nuestra disposición los tesoros de la

misericordia y de la gracia y allanó el camino por donde podamos alcanzar la felicidad eterna y completa que no sólo satisfará nuestras aspiraciones, sino que las superará tanto, tanto, que San Pablo que por un solo instante probó una sola gota de aquella fuente de dicha, pudo exclamar: «ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre podrá figurarse siquiera lo que Dios ha preparado para los que le aman.»

(CONTINUARÁ.)

VARIETADES

EL AMOR DE LA PATRIA.

Entre las varias penas que atormentan al corazón del hombre, una profunda es el amor de la patria cuando se está lejos de ella. ¡Cuántos niños hay por el mundo, que alejados de su padre, de su madre y de sus queridos hermanos, tristes y solitarios dirigen sus miradas hacia aquella lejana región que se extiende más allá de los mares ó de los continentes y que es el país donde viven las personas que les son tan queridas! ¡Oh, si ellos tuvieran alas, cómo volarían hasta llegar á unirse con los suyos! Pero ya que no pueden, allá vuela su pensamiento y con el corazón viven en su suspirada patria. También tú, niño cristiano, estás lejos de tu familia, peregrinas en país extraño y respiras el aire frío del des-

tierra, porque todos los hombres *somos huéspedes y peregrinos sobre la tierra*. Tu verdadera patria es el cielo: allí está Dios, tu padre; allí está María, tu celestial madre; allí tus hermanos y hermanas, los ángeles y los santos. Al cielo deben dirigirse tus pensamientos, y considerando cuánto es el bien, y cuánta la hermosura que atesora la eterna patria, y cuán felices son sus moradores, eleva tu corazón en pos de tan inefable dicha y dale aliento en alas de la esperanza de que tú también un día entrarás en aquella mansión de vida y de ventura; á la manera que un niño aplicado, durante sus estudios, siente un gran regocijo cuando piensa en las vacaciones y en la alegría que le espera en medio del amor de su familia. Pero ten presente, que sólo irás al cielo, país de todas las alegrías, después de haber vivido como vivieron los santos y sobre todo el Santo de los santos, Cristo Jesús. El mismo Señor nos quiso mostrar el camino cuando enseñando á las gentes les dijo:

- 1.º Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.
- 2.º Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.
- 3.º Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.
- 4.º Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.
- 5.º Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

6.º Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

7.º Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

8.º Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos.

Lee, reflexiona y decidete á practicar estas virtudes y á ser santo, porque solamente los santos entrarán en el cielo. Es cosa de tanto interés el llegar á poseer la bienaventuranza eterna, que al lado de ella todas las demás cosas, por encantadoras que nos las presente nuestra imaginación, son de ningún valor y hasta despreciables; mas para llegar á tanta dicha, es necesario, como dice la última bienaventuranza, padecer persecución por la justicia, es decir, vencer todas las malas pasiones y hasta sufrir y padecer á veces mucho por conservar la inocencia, la santidad y la justicia. También el Salvador sufrió, y precisamente, como Él mismo dijo, *por las tribulaciones y por el amor de la justicia, había de entrar en su gloria*. Á los pies del monte Olivete principió su pasión y en la cima de él se elevó á la eterna región de los cielos. Así padecieron todos los santos principiando por el mártir San Esteban y continuando por cuantos ha habido en la serie de los siglos, algunos de los cuales se han referido en este libro,¹

¹ *Los Niños Santos, ó Leyendas Infantiles*, por el P. Francisco Hatler, de la Compañía de Jesús.

para que veas cuánto ha costado á los santos ir al cielo. Sabían muy bien cuánta era la recompensa que esperaban, y por eso les parecía poco los grandes y largos martirios que sufrieron, y que tal vez á ti aun la simple lectura de ellos te hayan parecido excesivos. Pero Jesucristo el Señor ha dicho: *El reino de los cielos exige violencia, y sólo le alcanzarán los que se hacen violencia*. ¿Cuánta violencia te has hecho ya para vencer tus malas inclinaciones y vivir cristianamente siendo piadoso, obediente, aplicado, casto, amable, manso y humilde? Si algún día entras en el cielo, adonde está el amable Salvador, solamente habrás llegado allá por haberte hecho violencia para vencer el mal y practicar el bien. ¿Qué piensas tú que será un día de ti? ¿Serás un santo? ¡Dichoso tú, que naciste para la vida eterna! ¿No lo serás? ¡Oh niño! entonces estarás condenado por toda la eternidad. ¡Piénsalo bien! vive como bueno, guarda la inocencia, deja el pecado, haz lo que Dios te manda en los mandamientos, ruega con solitud al Niño Jesús y á su Madre que te hagan santo. El amable Salvador lo hará de buena gana; ya Él dió su vida por ti en la cruz para ganarte el cielo. La bendita Virgen María tiene un corazón de madre y no desea sino que tú te prestes, para derramar en tí los tesoros de su gracia, de su bondad y su cariño. Piensa siempre que hasta lo más pequeño que tú hagas, ó dejes, ó sufras por amor de Dios, hasta si por amor de Él lees en este libro, el Salvador te dará la recompensa.

Á LA ESPERANZA.

PLEGARIA

Á ti, sublime emanación del cielo,
Que templas de fortuna los rigores;

Á ti, que en el hogar de los dolores
Viertes lluvia de plácido consuelo:

Á ti, que puerto brindas al anhelo
De espantosa borrasca en los horrores,
Y al moribundo otorgas tus favores,
Y amorosa lo envuelves en tu velo....

Á ti se vuelven mis nublados ojos
Implorando piedad!... Deja que mire
Tu faz, do nunca brillan los enojos!....

¡Oh!.... deja, deja que en tu amor me inspire!....
Y que al dar á la tierra mis despojos,
Abrasado en tu amor en paz espire!

JUAN JUSTINIANO.



EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^a EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Mas esta resurrección, la misma en substancia para todos, no tendrá para todos las mismas cualidades; diferirá según la diversa condición de las almas que vengan á recobrar sus cuerpos: unas vendrán de la mansión de la gloria, otras vendrán de los abismos infernales.

Los cuerpos de los escogidos serán como dice San Pablo, á semejanza del cuerpo de Jesucristo: *Él reformará nuestro cuerpo abatido para hacerlo conforme á su cuerpo glorioso.* (Filip. III. 21.) Y por tanto gozarán, dice el mismo, de cuatro maravillosas cualidades: Impasibilidad, claridad, agilidad y sutileza.

I. IMPASIBILIDAD. *Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción.* (San Pablo á los Cor. XV. 42.) Este cuerpo ahora tan débil, tan enfermo, tan sujeto á incomodidades y sufrimientos, no padecerá ya más ninguna miseria, ningún dolor, ninguna alteración; no temerá ya ni el hambre, ni la sed, ni el frío, ni el cansancio.